



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

REVISTA SEMANAL.

¿Qué quieren VV. que les diga, discretos lectores de EL CASCABEL?...
 Estamos en una atmósfera de fuego,—tal es el calor que abrasa á Madrid,—y obramos en consecuencia.
 ¡Fuego al sol, fuego á la sombra, fuego en las casas, fuego en los corazones y fuego en las cabezas!
 Tantos fuegos juntos, capaces son de hacernos estallar como una bomba el día menos pensado.
 Así como tiene dispuesto el Ayuntamiento de Madrid que se rieguen las calles dos ó tres veces al día, debía hacernos el singular favor de mandar que regaran de pies á cabeza á los vecinos de Madrid, que estamos, con tantos fuegos, materialmente abrasaditos.
 Porque añadan VV. á los fuegos que llevo mencionados los diversos fuegos que cada quisque tiene en el interior de su individuo, y díganme si no hay bastante fuego para mandar tocar á vuelo en todos los campanarios del mundo.
 El fuego del amor, el fuego de los celos, el fuego de la ambición, el fuego de la envidia, todos estos fuegos son, si así puede decirse, los cortesanos del fuego de la estación que atravesamos.
 Cojan VV. los periódicos y los verán echando chispas, ardiendo unos en indignación que no se puede llamar santa, y idiparando otros cada artículo contra quien les estorba, que si no es cada artículo una bala roja, no es porque le falte la intención; procuren VV. escudriñar el pensamiento y apreciar el gusto dominante hoy en bella y amena literatura, y hallarán que la última moda consiste en abrasar á dictorios é insolencias al prójimo, sobre todo si el prójimo trabaja con fruto y gana el dinero con el sudor de su frente. Antes solían decirse al prójimo toda clase de insolencias por medio del anónimo, que es un medio infame; hoy se le dicen cara á cara, á manera de chiste, y el que injuria suele llamarse amigo del injuriado, y le tutea, y le conoce de antiguo, y sabe positivamente que no tiene razón ninguna para ponerle de vuelta y media, y sin embargo, allá va el insulto, allá va el chiste, para que las gentes se rían, —y la fortuna es que se ríen mas de la persona que hace que de la que padece,—este sistema no es infame; pero es... lo que adivinan ya los lectores.
 Esta es la literatura de verano, literatura que VV. harán el favor de decirme si es, bella, ni

amena, ni útil é instructiva, ni siquiera inofensiva.
 ¿Qué utilidad, qué provecho, qué entretenimiento halla el público en semejante lectura?... ¿Qué idea formarán las personas sensatas de una publicación en la que no vé mas que nombres propios acompañados de chistes, que no son tales chistes, y de reticencias injuriosas?...
 De algún tiempo á esta parte se ha dado en escribir para el público lo mismo que se habla en el café, ó en una reunion de amigos, donde reina la franqueza y la confianza, donde puede el amigo decir al amigo un chiste que no le ofende, cuando se le dice de esa manera, pero que necesariamente ha de ofenderle cuando se publica, cuando se imprime para que lo lean miles de personas, y con la evidente intención de ofenderle, porque si no hubiera tal intención, no se publicaría seguramente.
 Creo que escribir para el público es otra cosa muy distinta, y que los que así escriben han de arrepentirse alguna vez de haber perdido el tiempo en tan estéril é ingrato trabajo; y si se arrepienten será señal de que no han perdido, á la par que el tiempo, el juicio.
 Yo tambien me arrepiento de haber escrito en serio los anteriores párrafos, y prosigo.
 De la política no hay para qué hablar; ahí tienen VV. los periódicos que se publican en la corte de las Españas: ellos son el espejo donde se retratan las pasiones contemporáneas.
 Hoy no le basta á nadie tener que comer, y eso que solo eso es lo que necesitamos en la vida; hoy necesita figurar todo el mundo,—hablo de ese pequeño mundo en el que al lado del hombre sabio y virtuoso se pasean el inepto y el vicioso, y el vago y el holgazán, y el criminal, que hay muchos criminales fuera de la cárcel, de ese pequeño mundo de ambiciones desmedidas, de asombrosas desvergüenzas y de grandes traiciones, que trae revuelto todo el mundo, y no deja en paz al que vive de su trabajo. Y sigue agradecido aquel precepto que Dios nos impuso de ganar el pan con el sudor de nuestra frente.—hoy es preciso que todos seamos algo, y lo raro es que para ser algo empezamos por no haber aprendido á ser nada.
 El sastré y el zapatero comen mucho pan y se dan muy malos ratos antes de hacer un fra ó un par de botas, y se llaman aprendices y oficiales antes de que los llamen maestros; pero los que viven en ese mundo de la vanidad, y del lujo, y de la música celes-

tial, y de la trampa, esos son todos maestros de todo desde el primer día, esos son aptos para todos los destinos del mundo, menos para el que Dios impuso á los mortales, que es el trabajo.
 Pues como iba diciendo, con estos calores, todos los habitantes de la corte están echando rayos y centéllas... y sufren una calentura que no les deja un momento...
 Leen los periódicos, y sudan mucho mas, van á distraer la calentura con las emociones de la montaña rusa de los Campos Elíseos, y se despeñan, van á los toros, y como están todos tan bravos, les parecen aquellos valientes animales gallinas de corral, no encuentran cosa que les cuadre, ni saben dónde meterse para estar frescos,—y eso que los españoles estamos frescos muy á menudo, y nos decimos cada fresca que vale un duro,—que napoleones no se ven ya en España,—porque se los llevan y hacen bien.
 Ahora vamos á inaugurar la línea del ferrocarril del Norte, de Madrid á Paris, obra que, el autor de estas líneas,—que con tantas líneas como lleva escritas no tiene todavía ni una de ferrocarril,— acaba de admirar, por los magníficos trabajos que en ella se han hecho, y ya están camino de San Sebastian los adornos, los criados, la vagilla y hasta los manjares que han de servir en la inauguración... Todo lo traen de Francia, que no en vano escribió el autor de aquellas aluluyas: *Y para darse importancia dice que viene de Francia...*
 porque se conoce que en España no hay cosa maldita que comer, á no ser el garbanzo clásico, que ya lo quisiera la ilustrada Francia para su regalo,—que á ilustración puede que nos gane, pero á garbanzos, *nequaquam*.
 Los billetes de convite se han buscado con gran empeño, que es mucha la afición que hay á todo lo que no cuesta dinero, y son muchos los que quieren que de ellos se diga lo de la aluluya citada... La empresa llevará á Paris á quien lo desee, y este viaje hecho *gratis et amore*, en un coche de primera, y pasando por persona que se lo mercede todo, es una tentación á que no puede resistir ninguna de esas personas que se encuentran en todas partes, y que nada son y nada significan, como muchas que todos conocemos, que no habrán dejado de mendigar billetes para la fiesta, en la que hacen la misma falta que la ópera en el teatro Rossini.

¡SEÑORAS!

Francamente, señoras, VV. abusan. VV. que tienen tanto juicio para todo, que en muchísimas ocasiones se conducen VV. con mas seso y cordura que nosotros, pierden completamente la chaveta, por seguir los caprichos de esa falsa deidad que se llama la Moda...

Hace muchísimos años bajo todas las formas de gobierno conocidas, que la Moda está inventando diabluras para satisfacer la vanidad y el deseo de lucir...

Que esto haga la Moda, que debe ser el mismísimo demonio, no tiene nada de particular; pero que VV. dóciles y sumisas y contentas, adopten todas las extravagancias y ridiculeces que a la Moda se le pongan en el moño...

¿Y no les dá á VV. vergüenza, siendo, como son, tan bonitas, recurrir para llamar la atención de las gentes, a esas invenciones endemoniadas de la Moda?

¿No les dá á VV. pena que sus padres y sus esposos empleen el dinero que ganan con el sudor de su frente, ó con el sudor de los demás, en tantos adornos ridículos, impropios, incómodos, superfluos y perjudiciales?

¿Por qué llevan VV. chaleco? ¿Vanes á ver, qué necesidad tienen VV. de llevar chaleco? ¿Con qué derecho nos quitan VV. el chaleco? ¿No es un bonito un vestido cerrado, ó abierto, y una camiseta blanca, graciosa, fina, bordada por VV. por de contado?

¿Por qué llevan VV. chaqueta? ¿Son VV. majas ó van á recrear, ó á conducir las mulillas que arrastran los cadáveres de los toros?

¿Y por qué llevan VV. fra? ¿Son VV. ministros, ó van á tomar el grado de doctor, ó á proclamar una Constitución? ¿Qué significan esas delgatas por encima de la falda? No parece sino que estamos en Carnaval.

Y también las hay entre VV. que no se contentan con llevar el fra negro, sino que se atreven á llevarlo amarillo, ó azul, ó colorado, con lo que, vistas por detrás, parecen VV. guardias civiles, ó coraceros, que se han puesto faldas por debajo de la casaca.

¡Vaya, vaya, señoras, eso no está bien, eso no es propio de VV. ni de nosotros; ni VV. deben dar en ese esceso, ni nosotros debemos tolerarlo. Quédense el fra y el uniforme para nosotros, y no olviden VV. su condición, y no quieran evidenciarse de esa manera.

Y los sombrerillos que han dado VV. en ponerse con notoria infracción de todas las reglas del buen gusto? Después de apurar todas las formas que pueden darse á un sombrero, ha querido la Moda que, como ya he dicho, debe ser el demonio, divertirse con la cabeza de las señoras y señoritas, y al efecto se la ha cubierto en esta época del año con unos objetos extraños, que tan pronto tienen la figura de una cazuela, como la de un cubo, como otras infinitas por extremo ridículas y extravagantes.

En los puertos de mar, en los sitios en que la sociedad elegante elige para pasar los calores del verano, es donde mas se ven esos sombreros inverosímiles y esos trajes absurdos é impropios.

Allí ven VV. á las pobres muchachas muy tiesas con su falda, cogida en pliegues, no sé por qué, como no sea porque se vea el pie, con su chaleco, en el que suelen tener hasta bolsillos, y quizá hasta dinero, con su cobertera en la cabeza, adornada de un plumerito, que se llama esprit, no sé tampoco por qué cuyo plumerito recuerda aquella famosa guindilla, que no sé qué personaje de esos que se parecen á la Moda, en que solo saben inventar diabluras, puso en un tiempo en los sombreros de los guardias municipales.

Con este traje, las que son bonitas no ganan ni tanto así, y las que son feas, están mucho mas feas, que es toda la desgracia que pueden tener las feas.

¿Y qué falta les hace á VV. ese bastoncito que suelen llevar como complemento del traje de verano? Si lo llevan VV. para cruzar la cara con él á los pollos y á los gallos que les dicen vaciedades y

tonterías, bien hacen VV. en llevarlo; pero tengo para mí que lo llevan VV. nada mas que por capricho, porque alguna gran señora lo ha llevado un día, y eso ha bastado para que todas VV. sigan su ejemplo, lo cual les hace á VV. poquisimo favor, porque cada una de VV. debiera tener el buen juicio suficiente para no imitar mas que aquello que es útil, cómodo y bello.

¿Qué dirian VV. si mañana nos vieran salir por esas calles con la levita con volantes, pulseras en las muñecas, y mangas perdidas, y mirinaque por debajo de los faldones de la levita? Dirian VV. que habíamos perdido la razon, y les sobraria á VV. para reirse de nosotros.

¿Y que me cuentan VV. del sombrero calañés que algunas niñas casaderas llevan?

Si continúan VV. por ese camino, mucho me temo que el mejor día van á presentarse en paseo con sombrero de tres picos y sable de caballería.

¿Y se hablaba del mirinaque!

Están VV. completamente en su derecho, llevando uno, dos, tres, mil abucadores; á nadie usurpan VV. cosa mal dicha con eso; pero no porque se lo hayamos consentido á VV., han de creer que también les hemos de consentir las extravagancias en que dan VV. con tan poco juicio.

A la enmienda, pecadoras; no den VV. que decir y que reir, ajustando su traje á las exigencias y caprichos de la Moda, que va dando pruebas de tener pésimo gusto, y de no querer bien á las muchachas, porque si las quisiera las vestiria con la modestia y la sencillez que constituyen la verdadera elegancia.

Apuesto el Banco de España á que estas ligeras observaciones no convencen á ninguna de VV.; pero yo creo cumplir mi deber en haberlas hecho en obsequio de VV., aunque VV. hagan su gusto, no dándolas importancia, y haciendo como hasta aquí lo que les parecía. Esa ventajita tienen los consejos, que es tan fácil darlos como no tomarlos.

La Esposicion internacional en Bayona.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE EL CASCABEL

San Sebastian, 10 Agosto, 1864.

Señor Director amigo, aquí me tiene V. de vuelta de mi expedición, con algunos desengaños mas de los que tenía, que no eran pocos, y con la satisfacción de haber visto, entre otras cosas, la Esposicion franco-española que se celebra en Bayona, y de la que daré á V. una idea, aunque muy sucinta, porque V. tendrá otras muchas materias para su periódico, y yo no tengo el tiempo tan de sobra, ocupada como estoy casi constantemente en retocar, corregir y embellecer este rostro, en el que el tiempo ha comenzado, ya hace mucho, á señalar su huella, y bien pudiera el tiempo hacer sus estragos en otra parte, y dejar que nosotras las señoras tuviéramos siempre el rostro de los veinte años, y entonces poco nos importaría la edad, que solamente nos la podría descubrir alguno de esos rebuscadores, de viejos cronicones y de arboles genealógicos, á quienes si tuviéramos otra cara, fácilmente les haríamos tener por apócrifos todos los documentos que á la época de nuestro nacimiento se refiriesen.

Pues señor, un día pasé en la invidiada Zaragoza, donde reina un calor tambien invicto, razon por la que no me detuve mas en aquella hermosa población, y no vi la famosa casa de locos, que tenia deseos de visitar, por si un día llego á habitar en ella, que tal está el mundo y tal estoy yo, que no sería extraño que perdiera el juicio que me queda, que, según dicen muchos, es bien poco, aunque si á la casa de locos fuéramos á parar todos los que estamos tocados, habiásemos de ver entre los orates muchísimos seres racionales de los que por ahí andan, y los hombres públicos se quedarían literalmente en cuadro, que es como debieran estar, y mejor que en cuadro en un cuadro, para tranquilidad y reposo del país. Aunque no me detuve mas de un día en Zaragoza, pude hacer mi visita de costumbre á la Santísima Virgen del Pilar, que tanto veneran los aragoneses, y cuyo magnífico templo tanto les enorgullece con justísima razon.

Y seguí la marcha á Pamplona; yo tenia formada otra idea de esta población, no creia que Pamplona era lo que es, pero debo decir en obsequio de la verdad, que es una población muy limpia, y muy bella, donde la vida es cómoda y barata y la temperatura agradabilísima en esta época del año. La catedral es una obra notable de arte, el teatro es muy lindo, y en la Diputación provincial se ha desplegado una riqueza y un buen gusto artístico que honra muy mucho á los navarros; en estos momentos se construye un nuevo mercado, que Dios sabe cuándo lo tendremos igual en Madrid, y cada vez aumenta mas allí el movimiento de la industria y del comer-

cio. A esta población tan limpia, de tan buenas condiciones higiénicas, y tan tranquila y apacible, no va mucha gente á veranear, y sin embargo, el que sale de Madrid en la estacion de los calores y se dirige á los sitios de moda, sufre á veces tanto calor como en Madrid, gasta un sentido, y vive en mezquinas y estrechas habitaciones de hoteles insalubres, donde el ruido es insoportable y donde se come mucho pero malo; en Pamplona se vive con tranquilidad y con baratura, y hay un bonito paseo, y el calor no alruma y desalienta como en otros puntos muy favorecidos por los n. d. r. l. e. n. o. s., que yendo á Biarritz y otros pueblecitos franceses, mas porque son franceses que por otra cosa, su ren todo género de incomodidades, y dan al extranjero el dinero, que tan bien empleado sería en España. En Pamplona hay un Casino montado con extraordinario lujo, y otra sociedad análoga que lleva por nombre La Constancia, en la que se reúne la gente joven y alegre, y tres periódicos, La Voz, El Correo de Navarra, y otro cuyo título no recuerdo, cuyos ilustrados redactores defienden enérgica y hábilmente los intereses de la provincia.

Desde Pamplona me dirigí á Tolosa, donde nada pude ver, porque no me detuve mas que una hora, y continué mi viaje á Bayona, despues de sufrir en Hendaye el registro establecido, como si yo tuviera cara de contrabandista, y fuera de esas mujeres que tienen habilidad para esconder entre la enagua y el mirinaque una docena de pollos, y tres ó cuatro mil tabacos. En Bayona vi tantas cosas españolas desde la estacion al hotel, que hubiérame creído en Madrid, á no fijar la mirada en los rótulos de las calles, y en las muestras de las tiendas, aunque la mitad de las muestras de las tiendas de Madrid están escritas tambien en francés; en la rue du Gouvernement, está á la disposición de quien tenga muchos francos que gastar, el hotel donde me instalé, y donde tuve el gusto de ver á don Severo Catalán, el defensor de la Mujer, al periodista Botella, y á otros españoles igualmente apreciados que V. conoce mejor que yo, que por mi sexo y mi estado estoy, como debo, mas lejos de ellos que V. Vestime, acicaléme, me puse el vestidito nuevo, con esa especie de casaca que llevamos ahora con faldones las señoras, y es claro que ha de tener faldones para ser casaca, como la que usaba la guardia walona, y no voy á VV. á creer que yo he conocido esa guardia, y bajé al comedor, donde habia gran número de personas, en su mayoría francesas é inglesas, entre las que mi presencia no dejó de causar cierto efecto, porque, digase lo que se quiera, las españolas valemos muchísimo mas, no agraviando lo presente ni lo ausente, que las elegantes francesas y las espirituales inglesas, y las alemanas y todas las extranjeras juntas, y almorceé, mientras me devoraban con sus ojos los extraños seres que allí habia reunidos, que, como ya sabe V., la apariencia en mí desmiente la realidad. Terminado el almuerzo, vestime otra vez, como es de rigor, y acompañada de una familia conocida fui á esponerme á la Esposicion internacional. El local de la Esposicion es bastante ancho, y ro está mal dispuesto; la entrada monumental, situada en medio del edificio, es un arco muy alto, sostenido por dos columnas de orden corintio y coronado por una estatua de la Francia distribuyendo coronas. En el frontispicio se ven las armas de España y Francia en medio de un grupo de banderas de ambas naciones; véase luego los escudos de seis ciudades francesas y de seis españolas, que son: Paris, Murcia, Marsella, Barcelona, Lyon, Granada, Valencia, Carcassonne, León, Pau, Madrid y Burdeos. Sobre la puerta de entrada están pintados los atributos de las bellas artes, y entre las dos columnas que sirven de pies derechos, se ven, á la derecha los atributos del comercio y de la navegacion, y á la izquierda los de la industria; sobre unos y otros están las armas de Bayona.

La inauguracion de esta solemne manifestacion de los adelantos de la industria y de las artes francesas y españolas se verificó el día 10 del mes pasado, presidiendo la ceremonia el Maire de Bayona, que es como un duque de Sesto en Madrid, y como me ha gustado á mi este duque. Habíase levantado un estrado, en el que se veian tambien los pabellones de ambas naciones, y allí estaba colocada la mesa presidencial. A la derecha del citado Maire véase la apuesta figura de nuestro don Salustiano Olózaga, chevalier de la Toison d'Or, como han dicho estos periódicos, al que seguían el gobernador civil de Guipuzcoa, el señor Aurrecchea, consúl de España en Bayona, el alcalde de San Sebastian, y los cónsules de Francia en San Sebastian y Zaragoza. A la izquierda del mismo Maire, y citado, á quien no me parece que le he parecido yo costal de paja, estaba el general baron Durieu, que manda aquel distrito militar, el prefecto de los bajos Pirineos, que es un prefecto perfecto, el de las Landas, el general Rolland, comandante general del departamento, y los señores Larrubure y Echevatry, diputados del Cuerpo legislativo. El Maire, de buena gana me casaría yo con un Maire, pronunció un elegante discurso, en el que prodigó las más li-

sonjeras frases á España: con gusto copiaría aquí todo el discurso del citado personaje, pero los límites del periódico me lo impiden, vaya, sin embargo, este párrafo del discurso de Mr. le Maire:

Tengo una satisfacción, dijo, en hacer constar que España ha recibido con verdadero entusiasmo nuestra amistosísima invitación, y aprovecho esta ocasión para dar un público testimonio de respeto y gratitud á S. M. la Reina Isabel, cuyo reinado, favorecido del cielo, ha tenido la gloria, gracias á la sensatez de la nación, de terminar la época de las guerras civiles, de consolidar las instituciones, y de llevar al país por las fecundas vías de la civilización y del progreso.

Y mas adelante: «Los artistas, productores e industriales españoles nos han enviado numerosos productos, que son verdaderamente notables en las tres secciones de nuestro concurso. — Bien venidos seáis, queridos vecinos y amigos, á esta ciudad de Bayona, de antiguo acostumbrada á estimaros, porque conocéis vuestras nobles prendas. Os recibimos con el vivísimo deseo de aplaudir vuestros triunfos artísticos, de apreciar y admirar vuestros trabajos, y de consolidar y hacer mas íntimas, si cabe, las afectuosas relaciones que nos unen hace largo tiempo.»

El general Durrieu, que ha hecho su carrera en Argel, se limitó á encarecer los adelantos de la industria y del comercio en aquel país, y á manifestar el cariño que le tiene, en un energético discurso, propio de un general tan echado para adelante como el baron.

El amigo Olózaga, de quien todo el mundo esperaba un discurso ó dos, cayó como un muerto, y á propósito de su silencio dice el *Moniteur de l'Exposition* lo siguiente: «Muchas personas han estrañado el silencio de los representantes oficiales, — así dice el citado periódico, — de España; suponian que contestarian á las frases sonjeras dirigidas á su nación, pero nos dicen que se usa entre nuestros vecinos no responder á ningún discurso. Yo siento mucho que Olózaga no hubiese, porque habla bien y hubiera sido oído con mucho gusto, y nuestros vecinos hubiesen podido apreciar la elocuencia de uno de nuestros oradores. Si yo hubiera estado cerca de él, ya le hubiese hecho un guiño para que soltara la sin hueso, y dejase vízeos á todos aquellos señores. — Por la noche hubo gran iluminación y gran fiesta musical, en la que el *Críson de Santa Cecilia* tuvo la feliz idea de cantar una *Bienvenue* á los españoles.

Y aquí dejo suspendida mi narración hasta el número próximo, porque supongo, señor Director, que no ha de permitirme V. llenar todo el periódico con la Exposición de Bayona y las impresiones de mi viaje.

En el próximo número podrá V. insertar mi última carta; y á no ser que en estos primeros dias encuentre alguna buena proporción por aquí, en Madrid me tendrá V. quizá antes de que aquella se publique, que ya estoy cansada de ir de acá para allá, y de facturar el mundo, y de pagar excesos... d peso, y de otras muchísimas contrariedades, que ya le contaré á V. — Conérvese V. aunque sea en vinagre como los pepinillos, y mande V. algo bueno á su amiga.

La señora de siempre.

EL ÁNGEL DE LA CARIDAD.

(Continuación.)

IV.

Las inquilinas del piso segundo no habían madrugado como su vecina la marquesa del Laurel.

A las nueve estaban aun en el lecho. Las dos hermanas, que dormían en una misma alcoba, hablaban en voz baja por no despertar á su madre, cuyo dormitorio estaba muy próximo; pero la madre se hallaba en aquel momento, oyendo misa en la parroquia próxima y pidiendo á Dios por las hijas de su amor.

— ¡Qué buena idea, decía Isabel, joven de diez y siete años, mas graciosa que bella, qué buena idea la de dar un baile á beneficio de los heridos de Africa! ¡Pobrecitos!

— ¡Cuántos trabajos pasarán!... No faltaremos, no es verdad, Luisa?... Mañana ha prometido llevarnos, siempre que cada una pague su billete... Estará brillante; to la aristocracia de Madrid se ha dado cita para esta noche en los salones del Casino, y Arrieta, Gaztambide y Barbiéri han escrito la música de los bailes... Pero, ¿en qué piensas, Luisa? añadió, viendo que su hermana no contestaba.

— Me acuerdo de Beatriz, dijo por fin Luisa, que era de mas edad y mas hermosa que Isabel, de la pobre Beatriz, que está en cama hace tantos dias y que no puede acompañarnos al baile!

— ¡Oh! ¡Nó! se apresuró á decir Luisa; el producto

que es hombre de pelo en pecho, y que en todas las cuestiones, tiene razones de peso...

La criadita que tiene buen palmito y mejor pelo, todo lo que quiere compra, aunque no lleve dinero, porque son los vendedores con el bello sexo bello hasta el extremo galantes y tiernos hasta el extremo y solo escucha ternezas y oye solo chitoleos,

y el carnicero, — un buen mozo que en cuanto se cierra el puesto, se pone levita y sale hecho todo un caballero, y parece un director de Estancadas, por ejemplo, —

su suerte, si ella quisiera hace tiempo hubiera hecho, porque ya la tiene dicho, que por ella está muriendo, pero ella es mujer honrada, y casado el carnicero, y al cabo, ella tiene un cabo, de no sé qué regimiento, de quien tiene muchas pruebas de estimación y de afecto, y unas ligas, y un retrato, una peineta, un espejo, y además, y esto es lo grande, palab. a de casamiento.

Van á la compra señoras, de esas que han venido á meros, y tienen en casa huéspedes, y van tirando con ellos, aunque les dan grandes chascos y desengañan tremendos, y estas honradas señoras son blanco de los denuestos soecas del vendedor,

porque le tocan el género, y le rebajan el precio, y no encuentran bueno nada, y no encuentran nada fresco, y despues de estar dos horas viendo, dudando y oliendo,

— Verdad es; pero ¿qué le hemos de hacer? Porque nosotros nos alijamos no ha de tener remedio su mal... aunque me parece que lo mejor es tener paciencia y aprovechar la ocasión que se nos presenta de ver un poco el mundo.

Luisa no respondió: Luisa tenía un bellissimo corazón, y no pensaba nunca en sí misma sino despues que habia hecho bien á los demás.

Pasado un cuarto de hora, las dos hermanas fueron á dar los buenos dias á su madre, quien las acarició con verdadero amor, y las dijo que ya habia ido á pedir á Dios que el nuevo año fuese para sus hijas tan feliz como ellas merecían.

— Y vamos á ver, añadió carinosamente, ¿no os faltará nada para el baile de esta noche?

— No, mamá, se apresuró á decir Isabel, á no ser que la modista falte á su palabra y no me acabe los vestidos.

— No faltará, hija mia; no te impacientes ya; son las diez de la mañana, y hasta las diez de la noche no los necesitáis.

Y al mismo tiempo, del cajon de su tocador sacó dos preciosos pares de pendientes, y dió uno á cada una de sus hijas.

— He aquí mi regalo de año nuevo, hijitas mías.

— ¡Qué bonito! exclamó Isabel, quitándose apresurada los que tenia puestos y tirándolos sobre la mesa.

Luisa se contentó con dar un beso á su madre.

— ¿Qué tienes, hija mia?... ¿Estás enferma? le preguntó.

— No, mamá; es que me falta algo para ir al baile.

— ¿Y no me lo dices?... Ya sabes que yo quiero que nada os falte.

— Me falta alegría, Beatriz, la pobre Beatriz, que se privaba del teatro y del pascó para venir aquí todos los dias el año pasado, cuando yo estuve tan enferma, lo está ahora á su vez, y yo quisiera... pero como Isabel no querrá ir sola al baile...

— ¡Como! ¿Quieres pasar la noche con Beatriz? exclamó la trivial, superficial y coquetuela Isabel. Por mi no te privas de esa diversion; yo admiro tu sacrificio, pero no me siento con fuerzas para imitarlo. Así, pues, si mamá quiere llevarme al baile despues que te dejemos en casa de Beatriz, cada una se divertirá á su manera.

— Como queráis, hijas mías, añadió la madre.

— Así hay que comprar un billete ménos, repuso Isabel.

— ¡Oh! ¡Nó! se apresuró á decir Luisa; el producto

que es hombre de pelo en pecho, y que en todas las cuestiones, tiene razones de peso...

La criadita que tiene buen palmito y mejor pelo, todo lo que quiere compra, aunque no lleve dinero, porque son los vendedores con el bello sexo bello hasta el extremo galantes y tiernos hasta el extremo y solo escucha ternezas y oye solo chitoleos,

y el carnicero, — un buen mozo que en cuanto se cierra el puesto, se pone levita y sale hecho todo un caballero, y parece un director de Estancadas, por ejemplo, — su suerte, si ella quisiera hace tiempo hubiera hecho, porque ya la tiene dicho, que por ella está muriendo, pero ella es mujer honrada, y casado el carnicero, y al cabo, ella tiene un cabo, de no sé qué regimiento, de quien tiene muchas pruebas de estimación y de afecto, y unas ligas, y un retrato, una peineta, un espejo, y además, y esto es lo grande, palab. a de casamiento.

Van á la compra señoras, de esas que han venido á meros, y tienen en casa huéspedes, y van tirando con ellos, aunque les dan grandes chascos y desengañan tremendos, y estas honradas señoras son blanco de los denuestos soecas del vendedor,

porque le tocan el género, y le rebajan el precio, y no encuentran bueno nada, y no encuentran nada fresco, y despues de estar dos horas viendo, dudando y oliendo,

que es hombre de pelo en pecho, y que en todas las cuestiones, tiene razones de peso...

La criadita que tiene buen palmito y mejor pelo, todo lo que quiere compra, aunque no lleve dinero, porque son los vendedores con el bello sexo bello hasta el extremo galantes y tiernos hasta el extremo y solo escucha ternezas y oye solo chitoleos,

(Se continuará.)

17 Aplicamos á los correspondientes que nos deber...

ROMANCES POPULARES.

por

D. CARLOS FRONTAURA

(Continuación.)

Madrid

I.

por LA MAÑANA.

El idioma castellano

mas claro y ménos correcto,

que es al revés del que emplean

los señores académicos,

en las pláticas se aprende

que allí todos son maestros,

y allí tiene cada cosa

su nombre gráfico, energético,

y despues de cada frase,

viene un voto, un juramento,

una blasfemia, una gracia

dicha á veces con salero,

por alguna buena moza

de buena lengua y buen cuerpo,

que te la lleva el demonio,

cuando empieza el regalo,

y cuando vé compradores

que la desprecian el género...

El vendedor de la villa

es un ser uraño y fiero,

que una desvergüenza dice

como quien dice un requiebro,

y si le coge de humor,

que siempre lo tiene bueno,

le tira la media libra

al mismísimo lucero

del alba, y así demuestra

del baile es para nuestros hermanos que combaten en Africa, y yo daré el importe de mi billete como si lo comprara.

—Hija mia! exclamó la madre, abrazando con efusion á la caritativa jóven.

—Tome V., mamá, añadió Luisa, poniendo en las manos de su madre un billete del Banco, quinientos reales para los pobrecitos soldados; no tengo mas.

—Tú eres mejor que yo, hermana mia, dijo Isabel, al mismo tiempo que preludiaba en el piano un wals; yo me alegró mucho de que socorran á los heridos, pero no me disgusta que los socorramos con un baile.

Era media noche, y mientras que los acordes de una magnífica orquesta entusiasmaban á Isabel, á quien su madre miraba con visible tristeza, porque pensaba en el porvenir que estaria reservado á aquella criatura, que no tenia fuerzas mas que para todo lo frívolo, lo trivial, lo material, si así puede decirse; Luisa, á la cabecera del lecho de Beatriz, decia á esta, que la estrechaba las manos con efusion y se las besaba con inefable gratitud.

—¿Qué habías de sacrificio, Beatriz querida?... dí mas bien que soy egoísta, puesto que he hallado á un tiempo dos motivos de satisfaccion: el uno hacer bien á los pobres heridos, y el otro hacer por tí lo mismo que tú hiciste por mí el año pasado.

La mañana siguiente, Isabel se levantó á las doce muy cansada y mucho mas pálida que de ordinario; y cuando iba á poner en orden todos sus adornos y á guardar sus galas, que al volver del baile habia dejado por encima de las mesas y las sillas, vió con sorpresa que todo estaba hecho ya, que Luisa se habia levantado muy temprano y habia querido evitar á su hermana aquel trabajo.

—Es claro, pensó la frívola Isabel; mi hermana volvió á casa temprano, habrá dormido mejor que yo, y estoy segura de que hoy no sufre el dolor de cabeza que sufre en este momento.

Isabel pensaba la verdad, pero debió, llevando mas allá su pensamiento, inquirir el origen de la tranquilidad y la salud perfecta de su hermana y del cansancio y malestar que ella sufría.

(Se continuará.)

CASCABELES.

La gran mayoría de los soberanos de Europa está ahora en movimiento, es decir, viajando.

El emperador Napoleon ha estado en Vichy, donde ha recibido al rey de los belgas, y despues de recibir la visita del augusto esposo de nuestra reina proseguirá su escursion.—La reina de Inglaterra se encuentra en su querida y saludable isla de Wigt.—El rey de Prusia se ha dirigido desde Caribad á Gastein.—El emperador de Rusia, despues de haber ido á dar el pésame á la reina de Holanda, ha vuelto atrás atravesando la Alemania y conducido á la emperatriz su esposa á las aguas de Schwalbach.—El emperador de Austria vá de Bohemia á Kissingen.—El sultan pasa su parentela egipcia de una en otra por sus posesiones encantadas del Bósforo.—El rey de Italia olvida en la apacible sombra de Montcalieri á Peschiera, Venecia y Mantua, y se divierte con ejercicios de equitacion.—El rey de Grecia, abandonando la tempestuosa Atenas, se ha ido á respirar á Corfú, y se anuncia la llegada á Inglaterra de la reina de las islas Sandwich, resuelto, sin duda, á asegurarse por sí misma de si la reina de Inglaterra lleva anillos en las narices, y de si Londres y Paris son ciudades mas bellas y mas ilustradas que Honolulu. Así pues, exceptuando á los reyes de Dinamarca, Portugal, Baviera y Wurtemberg, todos los soberanos viajan en estos momentos. Los dos últimos están de luto, y el de Portugal está dedicado á ensayar una bala que ha inventado, que hace inútiles los cañones rayones. El Santo Padre se ha trasladado al fin á Castel Gandolfo, que ya le esperaba triste é impaciente.

El Clamor ha protestado contra los groseros insultos inferidos al ministro Salaverría en pasquines colocados en Londres.—Ha obrado El Clamor noble y decorosamente, saliendo á la defensa de un ministro que no tiene sus ideas políticas.

Y ahora pregunto yo: ¿Y no hay ningun otro periódico, ningun escritor que salga á la defensa de las personas conocidas en España bajo cualquier concepto, que todos los dias se ven groseramente insultadas y neciamente ridiculizadas en su misma patria, en periódicos y hasta en libros?..

¿Esto es digno? ¿es decoroso?... Desgraciadamente, para leer insultos soeces contra españoles, no necesitamos salir de España, ni saber ningun idioma extranjero, porque en España y en español claro, si no correcto, se están publicando insultos tiempo hace.

Un redactor de El Diario Español ha sido declarado cesante.

He aquí una noticia que no es posible dar respecto de los redactores de EL CASCABEL.

LOGOGRIFO.

De cinco letras que tengo fácilmente has de sacar una cosa que te quema, otra que se usa detrás, una verdura que comes, dos villas y una ciudad, una mujer desgraciada, y el nombre que suelen dar á la mujer que en el mundo es una calamidad, lo que te parece todo cuando lo vas á comprar, y una piedra que en los mares como en la tierra hallaras, y el todo en Madrid lo tienes, aunque bien á tu pesar.

La mujer de un avaro fué á no sé qué punto un dia, con billete de ida y vuelta; pero antes de llegar al punto donde se dirigia, el tren chocó con otro tren, y la pobre señora murió del golpe que recibió.

Su esposo, al saberlo, exclamó: —¿Qué lástima de dinero el del billete de regreso!

Habla La Correspondencia de un caballero que solicita una plaza de registrador, y ofrece dejar en favor del Tesoro su sueldo de cesante, y asegura una pensión de 30,000 rs. á la viuda del registrador difunto.

Francoamente, señores, eso de los 30,000 nos parece un poco andaluz. ¿Serán 3'000?..

Por lo demás, lo de renunciar el sueldo de cesante, si el registro produce muchísimo mas, no es ninguna cosa del otro jueves.

Verdad es que, considerando cuan pocos serian los que, en igual caso, harian lo propio parece una heroicidad.

Deseamos la mejor fortuna al pretendiente, y damos á la viuda del registrador difunto el pésame por la muerte de su esposo, y el parabien por la buena intencion de la persona que pretende el registro vacante, y así tengan registro él y ella pensión para muchos años.

Solucion de la charadita y del logogrifo del número anterior.

Erémor es tu logogrifo y sotana tu charada, que son dos cosas que á mí no me hacen ninguna falta.

La señora de siempre.

Se vá á publicar en esta corte un periódico que se titulará El Independiente. Si lo es, le gustará mucho á EL CASCABEL.

Tamberlick, contratado por 20 representaciones en el Teatro de Rossini, no gana mas que la miseria de 2,500 francos por funcion. Verdad es que dá el dó de pecho, y esto algo vale.

Suponemos que á la empresa de los Campos Eliseos no le quedarán muchas ganancias de ópera.

En Francia ha ideado un pobre diablo un medio de ganar dinero, haciendo imprimir y repartir profusamente una circular que dice lo siguiente:—«El que desee vivir hasta ochenta años, por lo menos, no tiene mas que enviar un franco en sellos de correos á Mr.... en la calle de... y á vuelta de correo recibirá la receta infalible.»

Parece que son muchas las personas que le han pedido la receta, y lo extraño es que ninguna ha dicho luego en qué consiste la tal receta.

El administrador de rentas de Cádiz regaló dias pasados al Gordito, en prueba, sin duda, del entusiasmo que le produjo la singular habilidad del citado diestro, cinco grandes cajones de tabaco.

Esta noticia la dá La Correspondencia, de paso que menciona otros regalos hechos al mismo Gordito, que, si las satisfacciones engordan debe ponerse hecho un bombó.

El telégrafo le sirve mucho al gobierno, pero lo que es al público, al público que paga, no le sirve mas que como instrumento de tortura y motivo de desesperacion.

El pobrete que sale de Madrid en la seguridad de que el telégrafo le transmitirá ó transmitirá á su familia noticias que nada le interesan al telégrafo, pero mucho á la persona que las trasmite y á la que las recibe, ya está fresco, ya está fresco.

Un telegrama para un particular tarda hoy en llegar tanto como una carta, si es que no tarda mas.

Así, pues, creemos que para hacer competencia al telégrafo, debia haber enfrente de cada estacion telegráfica un estable con unos cuantos bucyes y muchachos listos que, montados en estos animales, trasmitiesen las noticias. El público estaria servido con mas brevedad, y el gobierno no venderia ni un solo sello de telégrafos.

No culpamos del servicio telegráfico á los empleados; culpamos al gobierno, que es á quien en España se le echa la culpa de todo, sin duda porque la tiene.

CHARADITA.

Se niega con la primera y la segunda se canta, y en una buena cocina no falta primera y cuarta; segunda y cuarta es adorno que puede ser emboscada, y cerca de tercia y prima, que es cosa que no le falta, tienes, tendras ó has tenido lector la tercia y la cuarta; en el mar y en la milicia primera y tercera se halla; si la primera repites hallas un nombre que cuadra á quien cree tercia y segunda, y tercia, segunda y cuarta en medio del espinazo te hará poquisima gracia; y en el todo no quisieras estar un par de semanas.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los corresponsales que nos deben algunos cuartos de suscripciones que nos han avisado y hemos servido, que nos los remitan, y así tendrán un cuidado menos, porque el dinero ageno estorba mas que otra cosa.

Ya está reimpresso el número 28 de EL CASCABEL. En cuanto autorice el señor censor de novelas la publicacion del libro Historias tristes, se anunciará á nuestros lectores para que lo recojan en la Administracion, y se remitirá á provincias.

ANUNCIOS.

EL CASCABEL.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

6 rs. por trimestre, 12 por semestre y 24 por año en toda España cuesta la suscripcion de este periódico, que publica cinco números mensuales. Los suscritores de provincias pueden remitirlos en letras sobre correos ó sellos, cuando no puedan proporcionarse aquellas, á la Administracion, Jardines, 1. En Valencia se suscribe en la calle de Caballeros, número 1, librería de Carboneres. En Barcelona, casa de Don Eudaldo Puig, y principales librerías. En Gibraltar, casa de Don Samuel Benzaguen y casa de Don Enrique Hassan. En el Estranjero, 10 rs. por trimestre; en Ultramar, 40 rs. semestre. En Paris se suscribe á EL CASCABEL en la casa de comision de Mr. Mergeza, rue Hauteville, 34.—En Lisboa, en casa de Don Julian Rodriguez, plaza de Luis de Camoers, 46.—En la Habana, casa de las señoras Charlaní y Fernandez, y en Santiago de Cuba, en la redaccion de EL REDACTOR, y casa de Don Juan Perez Duhrull.

Por lo contenido en este número.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.